

Introducción

Como departamento de Ciencias Sociales consideramos imprescindible establecer nuestro punto de vista en el marco del 44 aniversario del golpe de estado en nuestro país. El contexto de aislamiento por el que atravesamos no debe opacar nuestra actitud continua de levantar bien alto los valores de Memoria, Verdad y Justicia.

Por esta razón compartimos unas reflexiones que pretenden establecer con claridad nuestra posición y no elude la posibilidad de cualquier debate a partir de él.

Saludos cordiales para todos y todas, que ustedes y sus familias estén muy bien.

NUNCA MÁS NEOLIBERALISMO

Hoy, a 44 años del golpe cívico-militar de 1976, rendimos homenaje a las víctimas de la dictadura, considerada la más sangrienta del continente y continuamos exigiendo justicia por los casos de desapariciones forzadas, torturas y asesinatos, así como por el robo sistemático de recién nacidos y otros crímenes de lesa humanidad.

El Plan Cóndor, una estrategia de represión regional, coordinado por el Gobierno de Estados Unidos, significó en Argentina la instauración del Terrorismo de Estado, que violó y oprimió los derechos fundamentales de la población entre 1976 y 1983. Ese mecanismo represivo fue fundamental para imponer un terrorismo de mercado mediante el neoliberalismo, doctrina empeñada, con la misma fuerza, en el achicamiento del Estado para resolver los problemas colectivos y en el ensanchamiento de la desigualdad en beneficios de los más poderosos, imponiendo, como denunciaba Rodolfo Walsh en su carta a la Junta, la miseria planificada.

Esas políticas de desfinanciamiento del país en beneficio de centros de poder internacional dieron como resultado un crecimiento exponencial de la deuda externa. Ello trajo como resultado la sujeción inmediata de Argentina a los organismos crediticios internacionales, hipotecando por

largas décadas su futuro. Fueron esas políticas específicas las que comenzaron con el terrorífico deterioro argentino.

Con los planes neoliberales que dirigió Martínez de Hoz –asentados en 30.000 desaparecidos, campos de concentración clandestinos y un profundo disciplinamiento social – Argentina vió naufragar su industria nacional. Miles de pequeñas y medianas empresas quebraron debido a las reducciones arancelarias que permitieron una invasión de mercaderías extranjeras, con la consecuente pauperización de enormes masas de trabajadores que fueron quedando desocupados. Romper los lazos de solidaridad social, estaba entre los objetivos primordiales.

El neoliberalismo, llegó a Argentina de la mano Videla y Martínez de Hoz y fue continuado por las administraciones de Carlos Menem, Fernando de la Rúa y Mauricio Macri, quienes, a diferencia de la dictadura asesina, lograron establecer por "consenso" el Estado neoliberal con apoyo popular sobre la base de un discurso en el que la "meritocracia" y "modernización" del país constituyeron una verdadera estafa electoral. La dictadura había allanado el camino.

Hay denominadores comunes en todas las experiencias neoliberales: la apertura indiscriminada del mercado de capitales, la desprotección a la industria, el ajuste fiscal, la represión de la protesta social y el alto endeudamiento externo del sector público. Volatilidad financiera, destrucción de entramados productivos, pobreza, desigualdad, desocupación, fragmentación social y deuda es la herencia que nos han dejado siempre cada uno de estos ciclos.

A partir de las crisis que azotaron nuestra región a principios del siglo XXI, como consecuencias de las políticas neoliberales, Latinoamérica registró un quiebre en la tendencia que derivó en una mejora en la redistribución del ingreso, en la ampliación de derechos, en la recuperación de su soberanía política por medio de Estados más inclusivos. Eso representó una mejora de vida de la mayoría de la población pero también la confrontación con los intereses multinacionales y sus socios locales.

Frente a la integración de América Latina apareció una nueva táctica para derrocar a los gobiernos progresistas por dos vías complementarias: la erosión sistemática de la legitimidad de los proyectos populares a partir del lawfare, de ataques mediáticos y judiciales a los referentes políticos y sociales, por un lado. Y por otro, cuando estos ataques no son suficientes, apelan a los golpes blandos, una estrategia escurridiza de la derecha internacional para tratar de alcanzar los mismos objetivos de los

derrocamientos ilegítimos, ejecutados en décadas pasadas por militares entrenados por Estados Unidos en la Escuela de las Américas en Panamá.

La secuencia, a medida que avanza, va creciendo en su maquillaje y su sofisticación. En 2002 hubo un intento de golpe en Venezuela contra el presidente Hugo Chávez que fracasó pero cimentó los procedimientos antidemocráticos de la oposición venezolana asociada a Estados Unidos y que hoy persisten contra Nicolás Maduro. Continuó en 2009 en Honduras con un golpe rudimentario contra el presidente Mel Zelaya, al principio casi de manual, pero con una parodia de legalidad. Siguió con un juicio político express sin pruebas en Paraguay contra el presidente Fernando Lugo, violando su derecho de defensa. Luego sucedió en Brasil con un proceso tan legal como ilegítimo y carente de fundamentos jurídicos en contra de la presidenta Dilma Rousseff. A eso le siguió la persecución y el encarcelamiento del ex presidente Ignacio Lula Da Silva.

La derecha neoliberal emplea a los medios concentrados para reproducir su discurso y a los mecanismos judiciales para sacar a los gobiernos populares y recuperar el control del Estado para aprovecharse de él y devastarlo sin importarle las consecuencias sociales que eso implica.

América Latina está en continua ebullición. En septiembre del año pasado comenzaron las protestas en Ecuador y Chile en contra de las políticas ajustes y desigualdad. Continuaron con la derrota electoral de la expresión neoliberal en Argentina, (antes, había ocurrido lo mismo en México); al poco tiempo, liberaron a Lula, una de las víctimas del mencionado lawfare. Y, finalmente, el golpe de estado racista en Bolivia.

La derecha neoliberal no necesita excusas. Por más que se administre de modo ejemplar la economía, como lo hizo el gobierno de Evo, se garantice crecimiento, redistribución, flujo de inversiones y se mejoren todos los indicadores macro y microeconómicos, la derecha y el imperialismo jamás van a aceptar a un gobierno que no se ponga al servicio de sus intereses.

América Latina es un escenario de disputas permanentes donde predomina el debate ideológico, a pesar de que muchos lo dieron por muerto. Como nos paramos frente al capital, frente al mercado, frente al Estado expresa un posicionamiento ideológico. Y en esa disputa lo que sobresale es el debate entre si solamente UNO llega más rápido, o si ENTRE TODOS llegamos más lejos.

En América Latina, como en pocos lugares del mundo, se enfrentan dos modelos, dos proyectos antagónicos sintetizados en el rol que asumen los Estados: inclusivos y benefactores o expulsivos y neoliberales.

En este momento en el que el mundo está asolado por la pandemia del coronavirus, algo comenzó a jugar en la sociedad de otra manera: el modelo que prioriza lo económico por sobre lo humano no es capaz de cuidar a su población. La salud pública no es un costo, es un derecho esencial que tiene que estar por fuera de las reglas del mercado. Fue el factor humanitario quien develó el fracaso del libre mercado y el rol fundamental de la protección del Estado. Lo sabemos, incluso quienes lo denostan. Ellos saben que su buen funcionamiento es un mal negocio para el mercado. Y ahí radica el problema, que ya no es solamente económico, social, político. Es cultural. El éxito de ese modelo se asienta en el individualismo y la batalla de estos días requiere de la solidaridad, de pensar y cuidar a otros para hacerlo por uno mismo. El individualismo es el motor multiplicador del virus como lo es del neoliberalismo. Y en este momento es importante resaltar que el neoliberalismo no nos salva del coronavirus, pero tampoco de la desocupación, de la desigualdad, de la pobreza, del hambre. Comprendiendo que hay un mundo por fuera del propio entenderemos el por qué y el para qué del Estado. Este es nuestro desafío.

Este año, para la conmemoración del golpe de estado en nuestro país no se podrá marchar a la histórica Plaza de Mayo debido a la expansión de la pandemia que exige a cada ciudadano la responsabilidad social de aislarse preventivamente para impedir la propagación del virus. Así lo determinaron los Organismos de Derechos Humanos, siguiendo las medidas del Estado Nacional, quienes, pesar de impedimento sanitario, convocan a un pañuelazo blanco en los balcones y en las redes sociales. "Sin marcha pero con memoria" y "Pañuelos con memoria" son las consignas que se incorporan este año a las históricas para homenajear a los 30.000 compañeros y compañeras detenidos desaparecidos en esta jornada de Memoria, Verdad y Justicia. Una estrategia que no detiene nuestra lucha ni opaca nuestra memoria hasta que la pandemia pase...y podamos recuperar las calles para que juntos y abrazados podamos seguir gritando NUNCA MÁS... NEOLIBERALISMO.